

nuestras leyes no se opusieran, aun veríamos gladiadores voluntarios.

Un autor de la época de Constantino explicaba esta cos-



Mirmilón (restauración) (1)

tumbre con una idea religiosa y guerrera al mismo tiempo. Antes de entrar en campaña, se daban juegos de gladiadores para habituar al soldado á la vista de las heridas y hartar á Némesis de sangre (2).

En toda la literatura latina, Séneca es acaso el único que, respecto de estos sangrientos espectáculos, hubiera pensado como un moderno (3).

«Ese bandido, dice, mató á un frecuentador del anfiteatro y es justo que sufra lo que él hizo sufrir. Pero tú, desgraciado, ¿qué has hecho para ser condenado á semejante espectáculo?»

No se comprendería esta perversión del sentido moral por parte de hombres positivamente honrados y bondadosos, como Marco Tulio y Plinio el Joven, si no hubiéramos visto á las almas más dulces justificar la inquisición y aprobar el San Bartolomé. La moral es también obra del tiempo que con lenta y pausada elaboración aparta los buenos sentimientos de las malas pasiones en el seno de la humanidad, y no siempre hay más mérito en valer más ó ser mejor, cuando este mérito consiste solamente en haber venido más tarde (4).

(1) Museo de San Germán.

(2) Capitolino, *Max. et Balb.* 8.

(3) *Epist.* 7. Sobre el atractivo de estos espectáculos, véase la curiosa historia de Alipio, contada por San Agustín (*Confes.* VI, 8).

(4) La moral es eterna y no se ha descubierto aun un principio

V. — EXAGERACIONES DE LOS MORALISTAS Y DE LOS POETAS EN LA PINTURA DE LA SOCIEDAD ROMANA

¿Valían más las costumbres privadas que esta parte de las públicas? Sí y nó, según lo que se mire y lo que se escuche. No miréis más que á Roma, Antioquía y Alejandría, focos purulentos de una inmensa aglomeración de hombres, donde se desarrollan más enfermedades morales que físicas, y encontraréis legítimas todas las acusaciones. Lo mismo será si creéis bajo su palabra á los moralistas que lo ven todo negro y á los poetas de comedias y sátiras que todo lo ven feo, porque la regla de los unos es condenar siempre el presente en honor del pasado, y la de los otros estudiar casos excepcionales, tomar monstruosidades sociales como fieles representaciones de la sociedad entera. Donde sería menester un matiz ponen ellos un tono fuerte y duro que determine el relieve, y así no se percibe más que lo que resalta. La vida tranquila y honrada, sin muchas virtudes ni muchos vicios, esa vida de todos los días, que es también, poco más ó menos, la de todo el mundo, no los atrae más que halaga la llanura al viajero en busca de precipicios y bellos horrores. Hacen arte y elocuencia sin



Retiario ó gladiador de red (5)

curarse de la verdad, y hacen bien, puesto que la elocuencia y el arte, dos bellas cosas, son también cosas útiles por

que Platón no hubiera conocido; pero el conocimiento de la moral no es el mismo en todos tiempos ni en la misma época para todos los hombres.

(5) Museo de San Germán.

las cuales son advertidos unos, y otros corregidos. Pero no muestran sino una mínima parte del cuadro en vez de mostrar el cuadro entero, y si se aplicara su procedimiento á todas las épocas, no habría una sociedad que no pareciera abominable.

Séneca se burlaba ya de estos hombres que hacen siempre el proceso de sus contemporáneos: «¡Las costumbres están perdidas! ¡La maldad triunfa! ¡Toda virtud y toda justicia desaparecen! ¡Ha degenerado el mundo! Esto se decía en tiempo de nuestros padres; esto mismo se dice hoy, y se repetirá aun por nuestros hijos.»

Tomemos por ejemplo una epopeya de truhanes, el *Satiricón* de Petronio. Este libro singular recuerda la libre bufonería de Rabelais: la perla está aquí junto al estercolero, el sentimiento junto á la suciedad. Es, se dice, es la comedia humana en tiempo de Nerón. En buen hora, pero en las zahurdas adonde el autor lleva á sus héroes, gente de saco y de cuerda, poseída de inmoralidad de tal manera que ni tiene conciencia de su degradación. Tácito y aun Suetonio dejan las infamias á media luz; Petronio y Juvenal lo presentan todo en su vergonzosa desnudez. Sería preciso descender en medio de estas inmundicias donde toda gran sociedad deja arrastrar un paño de su manto. Pero el latín tiene giros exclusivamente suyos y cuando es latín de Petronio ó de Apuleyo, es absolutamente imposible tomarse en nuestra lengua las libertades ó licencias que él se toma. Quien desee ver de cerca el fondo oscuro de la civilización latina lea estos libros por completo ó vaya á ver la obra maestra de un artista que ha querido pintar la decadencia romana. En una de aquellas magníficas *villas* que los ricos de Roma edificaban con los despojos del mundo, los hijos de los Fabricios y de los Gracos se divierten en vergonzosa crápula al pie de las estatuas de sus padres y á vista de ojos de dos severos estoicos que se libran de la embriaguez de las flores, de las mujeres y del falerno. Roma vió estas orgías patricias, este delirio de los sentidos, y las capitales modernas, aun las que pasan por más morigeradas, las ven todavía. El cuadro es una página de historia; pero de una historia que se encuentra en todas partes donde se hallan la juventud, el oro y la ociosidad de una vida inútil.

Petronio, completado por Marcial, Apuleyo y Juvenal, ha dado muy mala fama á la sociedad romana. Pero estos escritores, cogidos por la palabra, querían ante todo solazarse y reírse, y con ellos se han reído y solazado personas muy honorables á quienes no espantaba ninguna libertad de lenguaje, como hubiera en ella ingenio y arte. En el siglo de las *Preciosas* el gran Condé gustaba de oír leer el *Satiricón*, y Molière nos parece hoy asaz atrevido. Un poco más tarde, Mme. de Sevigné enviaba á su hija los *Cuentos* de La Fontaine, que ella admiraba y nosotros no leemos ya; y un ministro, el conde de Pontchartrain, adquiría para su biblioteca particular, como amables curiosidades, los libros que el parlamento mandaba quemar.

Como toda gran ciudad tiene sus cloacas, toda gran sociedad tiene sus inmundicias. Estamos justamente orgullosos de la elegante y noble sociedad que rodeaba á Luis XIV: es nuestro gran siglo. En él hay heroicos soldados, magistrados íntegros, santos y mártires, literatos y sabios que son honor y gloria de Francia; pero también hipócritas de religión y de virtud que fueron vapuleados por Molière y la Bruyère; grandes señores que hacían trampas en el juego y hubieran de buen grado arrojado sus siervos á las murenas, nobles damas que robaban á sus abastecedores, ó llevaban al país de Braquería sus cónicas y venales galante-rías, magistrados prevaricadores, ministros concusionarios,

en fin, todas las miserias morales que nos han revelado los archivos de la Bastilla.

En tiempo de Nerón, tenía Locusta escuela de envenenamiento; pero en el mejor siglo del renacimiento, se llamaba Italia *la Venenosa*; y entre nosotros, en tiempo de los Valois y de la Brinwilliers, se llevó á la perfección el arte de hacer desaparecer á una criatura humana. En el proceso de la Voisin, del abate Guibourg y el canónigo Du-long, hubo que cortar las indagaciones por temor de encontrar cómplices hasta en el real palacio. ¿Es decir que, para aquella gloriosa época, sea menester buscar los representantes de Francia en la Bastilla y en los garitos? De ninguna manera. Pues lo que hacemos con nuestra historia vamos á hacer con la del imperio.

Petronio y el Satiricón. Los romanos tenían algo particularmente odioso, el vicio griego, que había pasado del Oriente, donde reina aún, á la fuerte raza del Lacio y de la Sabinia, á la cual enervó. La reclusión de las mujeres orientales, la condición inferior á que se las sujetaba, la falta de una educación que las asociara á la vida intelectual de sus maridos, explican sin hacérselos comprender, esta abominable depravación. Pero en Italia era muy diferente la suerte de las mujeres. Sin embargo, hay que reconocer que esta vergonzosa aberración de los sentidos existía en este país y que al parecer no ofendía á nadie. En tiempo de la república, Cicerón, Bruto y César fueron sospechosos de haber conocido un vicio de que se jactaba Horacio y que cantó Virgilio. Hay que decir que habiéndolo puesto en el cielo con beneplácito de Júpiter, de Apolo y aun de Hércules, se llevaba sin indecoro ni vergüenza en la ciudad y en la corte, Vespasiano consagró la estatua de Ganimedes en un templo; Trajano llamó á los mimos porque no le desagradaba Pilades, y Adriano hace un dios de Antinóo, cuya estatua levantan sobre sus muros las ciudades todas como para propagar el culto del dios invencible y homicida.

Nosotros hemos tenido en nuestra vieja monarquía el reinado de las favoritas, que si menos repugnante, no valía más para la buena administración de los negocios públicos: el imperio romano no conoció la favorita del rey y los Ganimedes no tenían ninguna influencia.

Viendo desaparecer tan rápidamente las antiguas familias y vivir estériles tantos matrimonios, hasta el punto de que desde César á Antonino, en doscientos años, ningún emperador dejó hijos, salvo el modesto burgués de Reate, estamos por creer que la sangre italiana se había depauperado, como la tierra de Italia había perdido su fecundidad. Ciertamente que las generaciones se gastan más aína en la opulencia, en el deleite y en las curiosidades malsanas de una vida ociosa; pero la nobleza romana tenía dos enemigos particulares: con los malos príncipes, el lictor, la segur; en todo tiempo, el vicio griego, que á pesar de las leyes caducarias, aferraba al celibato y si de suyo no mataba, impedía la propagación (1). Hay que añadir esta causa á las que trajeron tan rápidamente la extinción de la antigua nobleza (2).

El *Satiricón* da amplia cabida á estas repugnantes pinturas, pero no tomaremos de él sino semblanzas aceptables y algunos rasgos de aquella vida de provincia, que los historiadores preocupados con Roma dejaban siempre en las sombras.

(1) Una ley moral alentó acaso esta inmoralidad, la *lex Julia de adulteriis* con su extremado rigor y con la facilidad que dió á los delatores para perseguir por este medio á los que no podían atacar por otros conceptos.

(2) *Difficile est vero nubere, Galla, viro.*
(Marcial, *Epigr.* VII, 58.)

He aquí primero á Trimalción, Lúculo de contrabando, tipo de los enriquecidos del día, que ejerce la usura á pesar de tener millones, golpea á su mujer, á pesar de los servicios que le presta, y comete barbarismos, bien que tenga siempre á su mesa retóricos famélicos.

Con la sentenciosa gravedad de quien quiere hacer discursos, después de haber hecho millones, refiere Trimalción cómo ha venido á ser de esclavo, liberto, de sirviente amo.

«Cuando llegué de Asia, no era yo más alto que este candelero, y para que me naciera pronto la barba, me untaba la cara con el aceite de la lámpara. Pero tenía con mis amos todas las atenciones imaginables, y con esto me instituyó mi amo por heredero conjuntamente con César, dejándome un verdadero dominio senatorial. Pero el hombre no tiene nunca bastante y me dediqué al comercio. Cinco barcos cargué de vino, cinco. Aquello era ya oro; sino que todos se fueron á pique. Sin embargo ¿creéis que me desalenté? No, á fe mía: cargué otros barcos de más porte, mejor acondicionados y por lo mismo más seguros. Era preciso que no se me tuviera por un hombre pusilánime. Mi mujer se portó en aquella ocasión como una heroína: vendió sus joyas, sus vestidos, todo lo que tenía y me puso en la palma de la mano hasta cien monedas de oro. De esto salió mi nueva fortuna. Uno va aprisa cuando los dioses empujan. En una carrera gané diez millones de sestercios y todo lo que después emprendí me salió á pedir de boca. Cuando me ví más rico que todo el país junto, cerré mis registros de comercio, me edificué un palacio y ahora hago trabajar mi dinero.»

Con razón tiene tan serena tranquilidad, porque habiendo subido ya á la cima y tomado posesión de la fortuna, nadie le preguntará por su origen ni qué camino ha recorrido. El oro lo ennoblece todo; es el dios supremo: ¿cómo no tener en alta consideración á sus pontífices?

«Trimalción tiene tierras para fatigar el vuelo de un milano; su dinero le pare en sus arcas, y sus esclavos ¡dioses mayores! no hay uno entre diez que conozca á su amo. No compra nada; todo nace en sus términos: la lana, la cera, la pimienta. Si pidierais huevos de gallo, también los encontraríais allí.

»Dichoso Trimalción! Duerme en cama de marfil reposando por las mañanas á sus anchas, mientras la turba solícita y hambrienta de sus clientes se desespera á su puerta. Por fin tiene la dignación de presentarse; dirige algunas palabras á uno y otro lado y favorece á los privilegiados con un movimiento de cabeza. ¡La litera! ¡Los esclavos! Trimalción desea ir al foro. Si hace buen tiempo, irá á lomos de una buena mula. De camino se detiene á hacer una visita, mientras su cortejo de clientes espera en el fango ó al sol. Vuélvese á poner en marcha y todos corren tras él.

»Y sin embargo, Trimalción no es más que un liberto. En otro tiempo llevaba leña á cuestras. ¿De qué pues proviene el respeto de que se ve rodeado? ¡Oh! posee diez y ocho millones de sestercios. ¿Cómo los ha adquirido? Se ignora; pero los tiene, que es lo importante. Poneos en dos filas cuando pase y procurad granjearos su favor.

»Trimalción sabe lo que vale, y así ved cómo se admira, envuelto en su flotante toga de ancha manga, ancha y larga para ocultar en ella la callosa mano endurecida en trabajos serviles. ¡Qué repentina metamorfosis! Ayer llovían los golpes sobre sus espaldas; hoy es él quien los da, temido y considerado de todos. Habla alto y se le escucha: dice mil disparates, pero ¿qué importa? su riqueza tiene ingenio por él.»

Digno precursor de todos los que han levantado su for-

tuna más pronto que su ingenio, Trimalción gasta vanidosamente su dinero en opíparos festines proponiéndose admirar á sus comensales con un lujo de mal gusto y una literatura aprendida la víspera. Cita á Homero y á Virgilio, hace versos y filosofea.

En medio de la orgía, manda traer un esqueleto de plata que le inspira esta sentencia: «Esto seremos muy pronto: por consiguiente vivamos, mientras podamos vivir bien.» Pero Trimalción es más ridículo que malvado, y aun en ciertos respectos vale más que los hombres de la edad precedente, y yo le perdono sus extravagancias, cuando oigo resonar en el fondo de su alma un eco de los sentimientos que comenzaban á generalizarse, puesto que penetraban en aquel saco de sestercios: «Amigos, los esclavos son también hombres: mamaron la misma leche; pero la Fortuna los ha tratado como una madrastra. Antes de morir quiero, y esto será muy pronto, que beban agua libre.»

Crisanto no ha subido tan alto, pero ha vivido bien, según el mundo. Veamos lo que era vivir bien, según Petronio y buen número de sus contemporáneos.

«Crisanto ha tenido la suerte que merecía: vivió honorablemente y así se le ha tratado á su muerte. No podría quejarse. Al empezar no tenía un sestercio: hubiera recogido con los dientes un óbolo de un estercolero. Pero fué redondeándose poco á poco, y á fe mía, que ha dejado una buena herencia. ¿A qué edad creéis que murió? A los setenta años ó más. Tenía una salud de hierro y llevaba su edad á las mil maravillas: hasta tenía los cabellos negros como las alas de un cuervo. Yo lo había conocido en otro tiempo hecho un libertino, y viejo, era todavía bastante alegre: no respetaba edad ni sexo; á todo hacía. ¿Quién podría vituperarlo? El placer de haber gozado es todo lo que se llevó á la tumba.»

¡Gozar! Petronio expresa aquí la gran optación de muchas gentes de aquel tiempo y aun del nuestro. Pero ¿no se encuentran en estos pasajes rasgos y maneras de estilo que hacen pensar en la Bruyère?

Escuchad ahora á ese político callejero que no atiende más que á su estómago, ni encuentra bien sino lo que asegura su pitanza, por lo cual toma el cielo con las manos, si le falta:

«En todo el día no he podido procurarme un bocado de pan, y me parece que estoy en ayunas desde el año pasado. ¡Malditos ediles que se entienden con los panaderos! ¡Ayúdame y te ayudaré! Y el pueblo humilde sufre mientras esas sanguijuelas chupan á riesgo de reventarse. ¡Oh! si tuviéramos aun aquellos leones que encontré aquí á mi regreso de Asia! Entonces sí que se podía vivir. El hambre desolaba la Sicilia; la sequía abrasaba los campos; pero Saffinio era un rayo más bien que un hombre, y adonde quiera que iba pegaba fuego. En la curia, me los zarandeaba á todos; y no era de los que van por cuatro caminos; él iba siempre por el camino recto. ¿Y en el foro? Cuando él hablaba hubiérase dicho que sonaba un clarín de guerra.

»Y con todo eso era un hombre afable: á todos les devolvía el saludo; llamaba á cada uno por su nombre: hubiérase dicho uno de los nuestros. Durante su edilidad, el pan no costaba mucho: por un as había pan para que se hartaran dos hombres y quedara todavía. Pero hoy los panes de un as no son mayores que un ojo de buey. ¡Ay! ¡ay! ¡todo va mal! La colonia prospera al revés como cola de ternera. Ni pudiera ser de otro modo; tenemos por edil un hombre de poco más ó menos, que tiene en más un denario que la vida de un ciudadano. En su casa se alegra y regocija, recogiendo en un día más dinero que otros vendiendo su patrimonio. Sé de un negocio que le ha vali-

do 1.000 monedas de oro. ¡Oh! si tuvierais algún tesón, no se burlaría de nosotros. Pero tal es el pueblo hoy día: león en casa, y zorra fuera.»

Bien habréis oído á este demagogo en alguna parte, porque se encuentran tipos de estos en todos tiempos; pero entonces no pasaban de la murmuración para llegar al tumulto. Tiene este, empero, un carácter, que no tienen ya los nuestros: es religioso ó parece serlo y de buen grado amotinaria á los devotos al mismo tiempo que á los haraganes y mendigos.

«¿Qué va á ser de nosotros si los dioses se niegan á mirar con piedad la colonia? ¡Ayúdeme el cielo! yo creo que todo esto sucede por voluntad de los inmortales; porque ahora no cree ya nadie que el cielo sea el cielo, ni nadie hace caso de Júpiter. El gran negocio es atesorar. En otro tiempo, las mujeres, descalzas de pie y pierna, desceñidas, despeinadas, con el velo á la cara y el alma pura, iban á la colina en procesión de rogativas para que el padre de los dioses viniera en enviar próspera lluvia, y el agua caía á torrentes y todos se regocijaban. Pero los tiempos han variado y con ellos las cosas, y en castigo de nuestra grande impiedad, nuestros campos tan fértiles cuando los dioses querían, son ya estériles.»

Pero no le cojáis á Petronio la palabra, pues sabe tan bien como Lucrecio lo que valen sus divinidades. «Ahora, los que están ligados con votos, los mismos que venderían el universo se forjan á porfía dioses propicios á sus deseos.» En efecto, inventaron uno que tenía entonces, como ahora, muchos adoradores: el dios *Luero*. Una inscripción de Pompeya puesta en mosaico en el umbral de una casa, obligaba á los visitantes á honrar de paso al dios protector de las industrias productivas: *Salve Luero!*

VI. — SEVERIDAD DE LAS COSTUMBRES EN LAS PROVINCIAS Y EN LA ALTA SOCIEDAD

He puesto á la vista el desbordamiento de las malas costumbres en el último siglo de la república; en la época de los Antoninos, aquella sociedad tan agitada por súbitas y mal adquiridas riquezas, hubo de sosegarse. Se habían disipado las monstruosas fortunas y no existiendo ya el medio de recobrarlas cambiaron las costumbres. Los romanos dejaron de ser advenedizos malrotando el oro y el honor, como millonarios de ayer, y la vida social volvía á su curso regular. Luego, no todo el imperio estaba en Roma. Siguiendo á los satíricos y á los cómicos, parece habernos olvidado también de cómo había honestas gentes que vivían honradamente lejos de las grandes ciudades, las cuales buenas gentes componían la masa de la población del imperio; fondo sólido, pero empañado, que se ve mal y en que se destacan con sus vivos colores los vicios y las ambiciones insanas, porque las malas costumbres se exhiben, mientras las buenas se ocultan.

Sin duda con una religión que nada prohibía y la esclavitud que lo facilitaba todo, con espectáculos obscenos en que las mujeres se perdían, porque iban castas y volvían corrompidas (1), la regla de las costumbres, incierta y vaga, tenía poca fuerza para contener á las almas vulgares. Así ha podido suponerse que todo el imperio se había mezclado en las fiestas de Nerón y sentádose á la mesa de los festines de Vitelio, como se ha creído que Francia toda, hace siglo y medio, tenía las costumbres de la Regencia y cenaba todas las noches como el duque de Orleans. La sola

(1) *Quae publica forsitan ad spectaculum matrona processerat, de spectaculo revertitur impudica* (S. Cipr. ad Donat. p. 5).

razón protestaría, aun sin pruebas contrarias, porque si la naturaleza humana tiene sus flaquezas por la pasión, tiene también sus energías para condenar el vicio, y pronto veremos que la sociedad romana estaba entonces traspasada, digámoslo así, por una corriente de ideas morales, en que las almas delicadas se fortalecían en el horror de las saturnales de la carne, y las gentes de corazón en el sentimiento nobilísimo de la dignidad humana.

Pero no faltan testimonios para hacer creer que si se pudiera penetrar en el seno de algunas ilustres familias romanas, se encontrarían en ellas las costumbres que acompañan siempre la moderación de la fortuna y de los deseos, ó la elevación de sentimientos y de carácter.

«En las ciudades lejanas, dice Tácito, se encuentra la antigua Italia con toda la severidad de sus primeras costumbres (2).» Y presenta á los provinciales de paso en Roma, notables enviados en diputación al senado, ó simples particulares en gestión de sus negocios, avergonzados de una disolución que les era desconocida, *lascivie inexperti*.

«Los hombres nuevos, dice en otro lugar, llamados de las provincias al senado de Roma, trajeron la economía y el orden de su vida privada (3).» Marsella «le parece reunir en feliz consorcio la urbanidad de Grecia y la sencillez de las provincias;» y antes de celebrar las hazañas del provincial Agrícola, su suegro, pinta de una pincelada sus virtudes privadas diciendo: «Se casó con Domicia Decidiana y vivieron en perfecta inteligencia y en mutua afección, amándose uno á otro más que á sí mismo.» No hay pues que extrañar ver á Tácito atribuyendo el cambio en las costumbres de la nobleza romana al advenimiento de los provinciales á las funciones de los altos cargos públicos.

Sobre este punto, Plinio piensa como Tácito. La madre de Plinio era de la España Citerior. «Bien sabéis, dice, cuál es la reputación de esta provincia, qué severidad de costumbres reina en toda ella.» Y en otro lugar: «En Brescia se conserva cuidadosamente la modestia, la frugalidad, la franqueza de nuestros padres. — También conocéis la índole austera de los paduanos.» Escuchad también á Marcial, el poeta español, á quien había parecido Roma el único lugar en que se pudiera vivir, porque versos fáciles abrían allí las puertas de los magnates. Sintiendo llegar la vejez y agotarse su poco fecunda vena, aquel frecuentador del Palatino y de las Esquilias se hizo rural, y ved cómo celebra la vida sencilla, económica de la provincia.

«Aquí es menester alimentar mi tierra; ella me alimentará allá abajo.» Y quiere abandonar las orillas del Tíber «donde hasta el hambre cuesta cara; donde se necesitan cuatro togas en un estío, cuando allá en el campo una sola basta para cuatro otoños.» Recuerda con pena la casa natal «cuya mesa se cubre de sabrosos despojos del campo paterno que lo harían tan rico con tan poco,» y acaba por volver allá.

Desgraciadamente no pensó Tácito en pintar esta vida provincial, porque la dicha no presta los sombríos ó brillantes colores que prefería el gran artista. Sin embargo, á través de sus narraciones y de las de sus contemporáneos, se ven pasar entre sombras figuras amables ó graves, y la correspondencia de Plinio nos hace entrar en la mejor compañía. Las ideas, como las del hombre que nos introduce, no son muy elevadas; pero reinan allí los más nobles sentimientos y se encuentran gentes con quienes se viviría de buen grado. En primer lugar Plinio mismo: se puede ser severo con el gobernador de Bitinia, con el escritor que se

(2) An. XVI, 5.
(3) An. III, 55.